

novelista, prodigándole entusiastas elogios, laméntase, sin embargo, de la inferioridad de su estilo.

Discípulo y amigo de Stendhal, menos profundo que éste, aunque de temperamento incomparablemente más artístico, sin tanta imaginación como Nodier, pero de inteligencia más elevada, Prospero Merimée, narrador inimitable, de estilo sobrio y concentrado, limpio y transparente como el cristal, pasa por ser el prosista más clásico y perfecto de la moderna literatura francesa. Sus novelas cortas todas (*Crónica del tiempo de Carlos IX*, *Colomba*, *Carmen*), sus cuentos (*La Venus de Ille*, *El vaso etrusco*, *La toma del reducto*)... son modelos insuperables en su género. Su manera de contar es rápida, nerviosa, algo seca, sin declamaciones, sin éntasis, sin descripciones formales. Merimée pertenece por sus ideas, como su maestro, al siglo décimo-octavo: ni siquiera estaba bautizado. Refiere las cosas más atroces con la mayor naturalidad: nacia esto del escepticismo absoluto que afectaba en teoría, aunque prácticamente fuese capaz de desinterés y hasta de abnegación en las relaciones sociales. Buscaba su inspiración en países extraños y remotos, *exotismo* literario que le llevó á estudiar los autores extranjeros, dando á conocer antes que nadie en su patria la literatura rusa. Según Paguet, ha sido el primero de los novelistas franceses, lo que allá discutirán nuestros vecinos, y acaso, añade, el primero de los novelistas, hipótesis que ningún otro pueblo admitirá.

Ya hemos hablado de Teófilo Gautier, como poeta lírico, y de Alejandro Dumas, como dramaturgo; uno y otro escribieron también numerosas novelas, especialmente el segundo, que durante largos años abasteció los folletines de los principales periódicos de Francia y fué traducido á todos los idiomas. Las novelas de Gautier se distinguen por las mismas cualidades que avaloran sus composiciones en verso; las del segundo son á modo de libros de caballería, de entretenidísima lectura. *Los tres Mosqueteros*, *El Conde de Montecristo*, *Los Mohicanos de París* y las otras cien novelas de Dumas (padre), cualquiera que sea su valor literario, han dado la vuelta al mundo: parece, por otra parte, que no envejecen en el gusto de la multitud, y este es, sin duda, un mérito indiscutible.

La crítica, en la época imperial, fué ejercida principalmente por La Harpe y José Chenier, á quienes ya conocen nuestros lectores, y por Geoffroy, Morellet, Dussault, Hofman y de Teletz. De este tiempo son también algunos trabajos críticos excelentes del futuro historiador y famoso ministro de Luis Felipe, Guizot, quien, además, vertió al francés las obras de Shakespeare, encabezando la traducción con un discurso notabilísimo. Otros escritos de la misma índole, publicados posteriormente por el autor de la *Historia de la Civilización en Francia*, no desdicen en nada de los anteriores. La tendencia de Guizot era notoriamente romántica, aunque templada. En mil ochocientos diez y ocho, Víctor Coussin dió á la estampa su tratado *De lo Bello*, que inició en su país el estudio de la Estética. De mil ochocientos veinte á mil ochocientos treinta, compartió Villemain los triun-

fos de Guizot y de Coussin en la Sorbona. Era elocuente, y trató de enlazar íntimamente la historia con la crítica: este programa excedía de sus fuerzas; no lo olvidó, con todo, en sus lecciones, y hay que elogiarle por haberlo trazado. Fué, pues, en cierto modo el introductor del elemento histórico en la crítica, si bien, por natural inclinación, buscó no lo más íntimo y radical, sino lo más animado y pintoresco. Sain-Marc Girardin, que sucedió á Villemain en el favor del público, no tenía la brillante oratoria ni la inteligencia comprensiva de su predecesor, pero estaba dotado de sutil ingenio y de un espíritu muy flexible. Era más bien moralista que crítico, como lo demuestra su *Curso de Literatura dramática*. Gustavo Planche, el crítico de *La Revista de Ambos Mundos*, fué azote de los malos escritores y aun de los medianos. Ardiente defensor del gusto clásico, prestó, sin embargo, buenos servicios á las letras con su sentido estético, firme y recto. Se cita como ejemplo de probidad intelectual, y bajo apariencias toscas y rudas, ocultaba un alma buena y sensible. Por último, ya bastante avanzada la época que historiamos, aparece el primer crítico de Francia en este siglo, Sainte Beuve, á quien en este mismo capítulo hemos tenido ocasión de mencionar en otro concepto. Necesario es estampar aquí otra vez su nombre; pero como su influencia en la rama de la literatura que ahora nos ocupa no empieza á sentirse intensamente sino á partir de mil ochocientos cincuenta, dejamos para el otro tomo el hablar de él con el detenimiento que se merece.

En las asambleas de tiempos del imperio puede decirse que sólo se oía la voz de Napoleón por conducto de sus comisarios; durante los cien días ábrense los diques que sujetaban la elocuencia, y con la Restauración recobra su prestigio la tribuna, no cesando ya de existir en lo sucesivo una doble corriente de acción y reacción entre las Cámaras y la marcha política del país. Ni en el período de la monarquía legítima, ni en la época de Luis Felipe, encontramos ningún coloso de la palabra comparable á Mirabeau, y no es extraño, pues hombres de la talla de éste sólo surgen en las crisis más tremendas de los pueblos; pero en uno y otra hay ilustres oradores que adquieren merecida gloria en las nobles y ardientes lides del parlamento, bastando recordar, para probarlo, al general Foy, á Manuel, á Benjamín Constant, á De Serre, á Camilo Jordán, á Decazes, á Martignac, de mil ochocientos quince á mil ochocientos treinta, y á Guizot, á Thiers, á Berryer, á Montalembert, á Lamartine, á Odilon Barrot, de mil ochocientos treinta á mil ochocientos cuarenta y ocho.

La prensa literaria tuvo, sobre todo á partir de mil ochocientos quince, tanta ó más importancia que en el siglo décimo-octavo. *El Mercurio de Francia*, que contaba siglo y medio de existencia, dejó de aparecer en mil ochocientos veinte. En este año cesó también en su publicación *La Minerva*, fundada por el partido liberal en mil ochocientos diez y ocho. A pesar del corto tiempo que vivió y de ser su carácter predominantemente político, explanó tesis y trató cuestiones de literatura y filosofía. En general, manifestóse

hostil á los románticos, que eran entonces reaccionarios, ó como á tales se les consideraba. Tenía por principales redactores á Benjamín Constant, Jouy, Tissot, Jay, Lacrosette, Etienne. Este último escribió unas *cartas*, que contribuyeron, tal vez más que ningún otro trabajo, á la popularidad de *La Minerva*. Los diarios ingleses estaban muy bien informados de las cosas de Francia, llegándose á susurrar que en la prensa de Londres se insertaban correspondencias salidas del gabinete de uno de los ministros de Luis XVIII. Aludiendo á esto, decía Etienne: «Acabo de leer los periódicos ingleses, tengo que dar á ustedes noticias de París». Hacia el mismo tiempo, era órgano del romanticismo *La Musa Francesa*, en que colaboraban habitualmente Victor Hugo, Alfredo de Vigni, Carlos Nodier, Sofía Gay y su hermana Delfina, los hermanos Deschamps, madama Tastu y otros. Esta publicación recomendaba que se tomase por modelo á los escritores extranjeros, especialmente á Walter Scott, y preconizaba el sentimiento religioso, el gusto de la Edad Media y el sentimentalismo melancólico. A imitación de *El joven enfermo*, de Andrés Chenier, pobló sus columnas con la curiosísima serie de poesías intituladas *La joven enferma*, *La hermana enferma*, *La muchacha enferma*, *La madre moribunda*, *El niño enfermo*: aquello era ya una epidemia, y la dirección del periódico cortó el mal de raíz declarando «que, á partir de aquel momento, se prohibía la explotación de las agonías al comercio poético». En mil ochocientos veintiséis se creó *El Figaro*. Aunque hoja meramente literaria al parecer, no disimulaba su enemiga á la Restauración. Escribieron en él Julio Janin, Roqueplan, Pablo Lacroix, Alfonso Royer. Al subir al poder el ministerio Polignac, *El Figaro* salió con orla negra. «El señor Roux, director en jefe del Hospital de la Caridad, debe operar incesantemente de las cataratas á un *augusto personaje*», decía. En mil ochocientos treinta se encargó de dirigirlo Latouche, á quien ayudaron Félix Pyat, Julio Sandeau y Jorge Sand. Suspendida su publicación varias veces, resurgió otras tantas de sus cenizas. Más adelante, en mil ochocientos cincuenta y cuatro, debía regularizar su existencia y convertirse en el gran periódico que hoy conocemos. De mil ochocientos veintinueve data *La Revista de Ambos Mundos*, que sufrió pasajero eclipse, hasta que Buloc se puso al frente de ella en mil ochocientos treinta y uno. *La Revista de Ambos Mundos* alcanzó en breve mucho crédito y autoridad, debido, en gran parte, á la imparcialidad con que acogió los trabajos de todos los escritores de mérito, sin distinción de sistemas ni escuelas. Hoy aún conserva su antiguo prestigio. El mismo año de mil ochocientos veintinueve fundó Veron *La Revista de París*, diciendo que quería abrir de par en par las puertas de la publicidad tanto á los jóvenes de talento, todavía no conocidos, como á los escritores ya célebres. Esta revista introdujo la novela en la prensa periódica. En mil ochocientos treinta y uno pasó á poder de Amadeo Pichot, y en mil ochocientos treinta y cuatro la adquirió Buloc, el propietario de la de Ambos Mundos, el cual imprimió á cada una un carácter peculiar: la de París fué más literaria y

artística; la otra, más filosófica, más docta, más dogmática. *La Revista de París* cesó en mil ochocientos cuarenta y cuatro.

Así como la oratoria, la prensa política renace con la caída del despotismo napoleónico, y en medio de las alternativas de restricción y libertad por que pasa, gana constantemente terreno, siendo de cada vez factor más importante en la lucha de los partidos. No estaba entonces divorciada de la literatura ni de la ciencia, y bajo la monarquía legítima, *El Diario de los Debates*, dirigido por los hermanos Bertin; *El Constitucional*, con Lanjuinais, Cauchois-Lemaire, Thiers; *El Globo*, con Jouffroy, Ampere, Damiron, Duchatel, no eran simples periódicos de noticias, sino que en sus columnas veían la luz notabilísimos trabajos de filosofía política. Entre los más grandes periodistas de aquellos años, se cuenta á Pablo Luis Courier, que llegó á conquistarse celebridad europea. Sus folletos son modelos inimitables de ingenio y fina sátira; su lenguaje es clásico y preciso; su estilo, diáfano y puro. Sus escritos, que rebosan delicadeza, gracia y á veces elocuencia, exhalan como un perfume de antigüedad. Courier, en efecto, estaba enamorado de Grecia, siendo helenista consumado. Su traducción de *Dafnis y Chloé* es una preciosidad. Trabajaba, dice Timon, todas las partes de su estilo con cariñosa mano, como Canova el mármol venoso de Paros. Atacando las ridiculeces de la corte y la necedad de los palacios, lisonjeaba al pueblo francés, tan amante de la igualdad, viniendo á ser como el Beranger de la prosa. No tuvo la satisfacción de asistir al triunfo de la revolución de mil ochocientos treinta, pues murió el diez de Abril de mil ochocientos veinticinco, asesinado por un guardabosque. Se supuso entonces que el insigne escritor había sido víctima del odio de sus enemigos políticos; pero después parece haberse probado que el crimen que le arrebató la vida obedeció á resentimientos engendrados en un drama doméstico. También Armando Carrel, de quien ya hemos hablado en otro capítulo, consiguió ocupar lugar preeminente como periodista. Tenía excelente memoria, gusto delicado y vasto saber, expresándose sencilla y varonilmente. Cuando se indignaba, su sarcasmo hería con la violencia y la rapidez del rayo. Sus teorías eran radicales, y dirigió *El Nacional*, que fué siempre el órgano más vigilante y firme de la democracia. Figuró entre los hombres más importantes de la revolución antes mencionada, é iba á ser elegido diputado cuando murió de un balazo en un desafío. ¡Triste destino el suyo, como el de Courier! Armando Carrel se hallaba dotado de gran energía. En la empeñada contienda que sostuvo con Casimiro Perier, combatiendo el arresto preventivo de los periodistas, dijo: «Todo escritor penetrado de su dignidad de ciudadano opondrá la ley á la ilegalidad y la fuerza á la fuerza, suceda lo que quiera.» El ministerio retrocedió ante esta actitud decidida de Carrel. En otra ocasión, estando defendiendo á su amigo Rouen ante la Cámara de los pares, pronunció el nombre del general Ney: «A este nombre me atengo, exclamó. No tengo la misión de decir si era más fácil legalizar la sentencia de muerte que la revi-

sión de un procedimiento inicuo: los hechos han fallado. Hoy el juez tiene más necesidad de rehabilitación que la víctima.»

Armando Carrel nos ha llevado á la época de Luis Felipe, durante la que el periodismo político adquirió extraordinario incremento; sin embargo, hacia la mitad del período, los intereses materiales se sobreponen á las ideas; el diario se convierte en un negocio, como otro cualquiera; la ciencia, las letras, las artes, las lucubraciones políticas ceden su puesto al folletín y al anuncio. El autor de la muerte de Armando Carrel, el famosísimo Emilio de Girardin, hizo una revolución en la prensa, reduciendo el precio de suscripción del periódico á cuarenta francos. ¡No se adivinaba entonces cuánto había de avanzarse en este camino! Girardin, atrevido, apasionado, verboso, voluble, lleno de ingenio, infatigable en su actividad, inagotable en los recursos de su talento, debía ser la representación quizás más fiel del periodista contemporáneo.

Las ideas filosóficas, las tendencias político-sociales y el gusto literario que dominaban en España á fines del pasado siglo, se transmiten al presente en varia medida, por escritores y poetas que, en su mayor parte, nos son ya conocidos. De todos ellos, el más insigne es don Manuel José Quintana, cuyo nombre vivirá tanto como las letras españolas. Nació este gran poeta en Madrid, en mil setecientos setenta y dos, y fué discípulo de Meléndez Valdés y Jovellanos. Sin embargo, ¡qué distancia no hay entre el dulce autor del Batilo ó la sobria y austera pluma que escribió *El delincuente honrado* y las magníficas sátiras y epístolas, que serán perpetuamente encanto de los doctos, y el egregio vate, digno émulo de Tirteo, de Simónides, de Píndaro! Quintana, como lírico, sólo es superado en nuestra patria por Fray Luis de León. «Herrera, dice don Leopoldo Augusto Cueto, tiene sin duda entonación grandilocuente, pero es su estilo uniforme y encopetado, y harto visible el artificio de sus líricos arrebatos; en tanto que el entusiasmo de Quintana, es más vario, más sincero, más conmovedor y más simpático.» Verdadero poeta, Quintana, aunque imbuido por sus maestros en el culto del clasicismo á la moda francesa, rompe los estrechos moldes de la escuela en los asuntos que mueven su imaginación, en la manera de concebirlos y desarrollarlos, y hasta en cierta libertad con que maneja las formas y prescinde de rutinas, siendo su soberbio canto al Mar alianza feliz de la musa antigua y de la musa moderna. Es el cantor del progreso y de la libertad, y si torna la vista á lo pasado, es para fustigar el despotismo, evocar la sombra de Padilla ó ensalzar la heroica abnegación de Guzmán el Bueno; es el cantor de la civilización, y celebra la *propagación de la vacuna* en admirables estrofas, y sobrepaja, en su oda á la *Invención de la imprenta*, á cuantos poetas, nacionales ó extranjeros, ha inspirado el invento maravilloso de Gutenberg; y cuando la invasión francesa despierta las dormidas energías nacionales, Quintana es el cantor de la patria y arranca á su lira acentos varoniles, robustos, vibrantes, que encienden en sacro ardor los corazones y estremecen las almas con sacudidas eléctricas.

Nadie ha comprendido tan bien como él la misión de la poesía, cuando, dirigiéndose á sus colegas, les dice con magnífica inspiración:

«Y si quiere que el universo os crea  
dignos de lauro en que ceñís la frente,  
que vuestro cántico enérgico y valiente  
digno también del universo sea.»

Y predicando con el ejemplo, no es la poesía en Quintana mero pasatiempo, sino instrumento de progreso, ariete aplicado á los errores y preocupaciones, azote de la tiranía, glorificación de la libertad y de toda causa noble y generosa.

No brilla Quintana en la poesía dramática á tanta altura como en la lírica; esto no obstante, su tragedia *Pelayo* es muy apreciable, y la que lleva por título *El Duque de Viseo*, donde se toman de un drama inglés algunas situaciones interesantes, se representó con aplauso en los teatros. Fué Quintana, además, notabilísimo prosista, y sus trabajos críticos é históricos, especialmente sus *Vidas de españoles célebres*, gozan de justa fama. En el terreno de la política práctica y en la esfera de la administración, prestó también á su patria el gran poeta valiosísimos servicios. Fué siempre un *progresista*, dicen algunos, y aunque no lo digan con ánimo de deprimirle, tampoco lo afirman en su elogio, y, sin embargo, así resulta, pues el haber permanecido constantemente fiel á las ideas del noble partido que ha hecho más que ningún otro para estirpar de España el absolutismo, revela que el temple de su alma y la firmeza de sus convicciones corrían pareja con la altura de su lozana inspiración.

Otro poeta excelente, que enlaza la anterior centuria con la que acaba, es don Juan Nicasio Gallego. No tiene los sublimes arranques de Quintana, pero hermanando en iguales y altas dosis la imaginación, el talento y el buen gusto, sus principales composiciones nada dejan que desear. En la perfección de la forma nadie le supera, y no es posible sustraerse al mágico efecto que producen su elegancia y propiedad en el decir, su dominio del lenguaje, su maestría en la versificación, las galas de su musa y su entonación robusta y majestuosa. Hay en él más artificio que sentimiento, pero es un artificio tan exquisito, son tantos los atavíos de su estilo y tan ricos y variados los colores de su paleta, que sus palabras causan la impresión de la sensibilidad espontánea y natural. Su elegía al *Dos de Mayo* es un monumento literario imperecedero, y su oda á la *Defensa de Buenos-Aires* y sus elegías *A la muerte del duque de Fernandina*, *de la duquesa de Frías*, *de la reina Isabel*, son espléndidos florones de la corona poética de España. Hablista consumado y crítico sagaz, Gallego ejerció una acción saludable con sus doctos consejos en los literatos de su época, que avanza hasta muy cerca de la nuestra.

Los demás líricos de principios de siglo son muy inferiores á los dos citados; sin em-